

Centro Cultural Espacio Elefante: Espacios culturales y propuestas de Extensión Universitaria estudiantil en el Chile posdictadura.

Chile

Durante los últimos años, el trabajo cultural en Chile ha entrado en un proceso de diversificación en sus modelos de gestión, construcción de espacios y concreción de iniciativas, comenzando a tensionarse los rígidos pero disimulados límites subyacentes de una sociedad neoliberal muy segregada, heredera de una larga Dictadura cuya transición a la democracia aún no consigue recuperar la cohesión, la capacidad de organización, y terminó de instalar al mercado como regulador de todos los procesos sociales -incluido el trabajo cultural-, con una violencia poco tangible, pero que nos hace vivir en desconfianza, sin construir en comunidad y siempre intentando ganar por sobre nuestros pares. La Universidad de Chile no es excepción a estos paradigmas instalados con fuerza en la Dictadura y que la institución no ha sido capaz de cuestionar y renovar con efectividad. La segregación se refleja tanto en sus planes de estudios de cada disciplina, como en la distribución territorial de cada área de estudio, esparcidas en distintas localidades de la ciudad que hacen muy difícil la organización estudiantil, el quehacer artístico creativo de los estudiantes y académicos y la vinculación entre Facultades y disciplinas. A nivel económico, el presupuesto universitario hace eco de esta segregación por Facultad y también permite la regulación por el mercado que invierte en las Facultades y las carreras más rentables y deja a otras en números rojos una vez que el financiamiento insuficiente se reparte desde los sistemas centrales. El financiamiento Estatal a estas alturas es prácticamente simbólico. Todo este contexto no podría estar más alejado de las ambiciones de la misma Universidad de Chile en los tiempos de la Reforma Universitaria (1967 en adelante) en los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y luego Salvador Allende; en que se cuestionó el rol de la universidad pública en el país y se revisó el concepto de Extensión con el objetivo de vincular el quehacer universitario con todos los estamentos de la sociedad. La actividad cultural de gestión universitaria es uno de los principales ejes de acción en este concepto de Extensión, que al igual que todo lo impulsado por el proceso de Reforma, se vio fuertemente contrarrestado después del Golpe de Estado de 1973, iniciándose el proceso de desmantelamiento, reestructuración violenta de la Universidad de Chile, e instalación del contexto en el que aún no podemos desprendernos del todo.

La irrupción de los movimientos sociales en el año 2011 es un primer paso importante en el proceso de tensionamiento que hemos mencionado. La participación de la Facultad de Artes en la movilización abrió nuevas reflexiones entre los estudiantes de artes, quienes evidenciaron 1) la escasez de espacios de encuentro y desarrollo creativo, 2) la profunda segregación entre disciplinas y estamentos que imposibilitaba aún más estos encuentros, 3) el mal estado de la Extensión universitaria (vinculación efectiva entre sociedad y Universidad), frustrada con la cancelación de la Reforma y nunca retomada, y 4) la desactualización de los planes de estudio. Todos estos factores mantenían al estudiante de artes totalmente aislado de la sociedad en la que debería desenvolverse.

La mismísima distribución espacial y administrativa de la Facultad de Artes imponía ya un desafío para éstos propósitos. Las carreras y las disciplinas se encuentran repartidas en tres sedes: Sede Las encinas (en Campus Juan Gómez Millas, Ñuñoa), Sede Pedro de la Barra (Morandé 750, Santiago), y la Sede Alfonso Letelier Llona (o *Sede Centro*, Compañía de Jesús 1264).

Ésta última había alojado las funciones del conservatorio Nacional de Música de la Universidad de Chile y actualmente imparte las carreras pertenecientes al Departamento de Danza y del Departamento de Música y Sonología. Antes de profundizar en temáticas administrativas, es importante recalcar que incluso desde un punto de vista arquitectónico y espacial, la adaptación del conservatorio al funcionamiento de tipo universitario que implica una Facultad de Artes, es compleja y el estamento estudiantil históricamente ha contado con pocos espacios de convivencia y reunión.

Es así como desde la Sede Centro, el Centro de Estudiantes escogido a fines de 2010, a puertas de la gran movilización estudiantil del año siguiente, presentó como parte de sus proyectos impulsar un Centro Cultural de gestión estudiantil, ocupando como espacio físico una de las salas de la misma sede de la Facultad de Artes. El espacio escogido fue el anfiteatro subterráneo que era la Sala Elefante, altamente sub utilizada para la docencia. Esta elección no era coincidencia, puesto que de manera consuetudinaria la Sala Elefante había sido un espacio de alta

utilización estudiantil por sus características de auditorio o foro, que la hacían idónea para la organización de asambleas y eventualmente conciertos y otras actividades culturales. Para todo esto era necesario pasar por el esquema regular de los administradores y los permisos respectivos del Departamento de Música y Sonología.

Si bien lo habitual es que no hubiera impedimentos a estudiantes que solicitaran equipos o espacios para sus proyectos, el Departamento de Música y Sonología tenía también su propia programación y cronograma a los que atender, y una línea editorial un tanto incierta y más cercana a la visión de arte propia de la institución. De ellos depende también la temporada de conciertos y la gestión de la prestigiosa Sala Isidora Zegers, que se ubica en el frontis del edificio de la Sede Centro, directamente dos pisos sobre la Sala Elefante. De esta manera, el estamento estudiantil y sus representantes no tenían la capacidad independiente de gestionar y producir sus propias actividades.

La idea de generar un Centro Cultural estudiantil que tuviera la Sala Elefante como base de operaciones tenía muchas más motivaciones que sólo aprovechar una sala sub utilizada, sino también la necesidad de un espacio para que los estudiantes pudieran mostrar su trabajo, encontrarse, reflexionar y vincularse. En la temporada de conciertos de la Sala Isidora Zegers, gestionada por el Departamento de Música y Sonología; existían fechas reservadas para conciertos estudiantiles, un espacio para que los Centros de Estudiantes de turno gestionaran sus propias actividades. Considerando la cantidad de producción artística que se hacía y se hace en la Facultad, dentro y fuera de las actividades curriculares que imparten las carreras, las fechas para estos conciertos eran bienvenidas pero también altamente insuficientes. Mucho del trabajo creativo y artístico de los estudiantes es realizado por fuera de las actividades curriculares oficiales de las carreras; de manera independiente y autogestionada. Era éste el trabajo al que el Centro Cultural pretendía acoger y difundir.

Por otro lado, un espacio de control estudiantil resultaba fundamental para propiciar la reflexión en torno al arte y la cultura que difícilmente podría darse sólo dentro del quehacer académico. Si bien el conservatorio Nacional de Música había desaparecido como tal el año 1929, y recibido en sus instalaciones la creación del

Departamento de Danza el año 1941, las músicas y danzas populares y otras formas de arte no académico tenían y aún tienen una distancia lamentable con los contenidos que se incluyen en los currículum de pregrado en la mayoría de las carreras de Artes Centro, y con los espacios oficiales de presentación y difusión que ofrece la institución. El proyecto permitiría, entonces, recibir artistas provenientes de otros tipos de formación, otras escuelas, o simplemente sin ninguna formación académica; desarticulando así el estado de aislamiento académico y artístico de una Facultad de Artes ensimismada en torno a la herencia de valores artísticos del Conservatorio.

Para los creadores del Centro Cultural, este estado se agravaba por la manera que tenía la Universidad de Chile, y la Facultad de Artes en particular, de aproximarse al concepto de Extensión. Acercar a los territorios el trabajo artístico docto y académico, sin realizar una reflexión efectiva sobre el arte que fuera permeable en dichos territorios, no nos parecía suficiente para generar una vinculación real con otros actores sociales, y menos aún posibilitaba la articulación y el aprendizaje mutuo del artista y el medio. La apertura buscada implicaba también un diálogo y un intercambio entre la comunidad estudiantil con el medio social, territorial, e incluso laboral: una propuesta alternativa de extensión en manos de los estudiantes.

El trabajo de otorgarle un nuevo contenido y definición al concepto de Extensión fue llevándose a cabo desde la experiencia práctica de la gestión y la producción. El encuentro entre artistas, espectadores, y prácticas artísticas divergentes fue nutriendo nuestro propio entendimiento de la Extensión. De esta forma el ejercicio funciona como formador de reflexiones y éstas no nacen de la teoría y una concepción institucionalizada del arte y la cultura. El espacio en constante construcción es el lugar prioritario donde sucede y se hace tangible la relación y el acontecimiento artístico y cultural, el lugar moldeable e infinito donde todos tenemos igualdad de participación y responsabilidad.

Era necesario que el estudiante de arte se hiciera consciente de que no sólo él era capaz de generarlo y de vivir la cultura a través de él; sino que es por medio del diálogo con la comunidad que el arte toma real importancia y es parte de la vida del ser humano, no sólo como una pieza que nos permite soñar por un instante, sino para la relación y construcción de una sociedad. Entendemos y vivimos el gesto creativo como agente constitutivo de comunidad, donde el arte deja de ser solo arte y pasa a ser cultura y un modo de entender y ser.

Desde este ángulo buscamos nutrir nuestra imaginación, explorar los límites y encontrar los insumos que nos permitirán articular creativamente el futuro de nuestra sociedad. Para ello, la principal proyección es llevar a cabo un trabajo constante que vaya transformando y ampliando las perspectivas del quehacer artístico, permitiendo a la comunidad universitaria y extrauniversitaria tener un espacio en donde pueda llevar a cabo sus ideas, trabajando en conjunto y construyendo nuevas maneras de hacer y percibir el arte y la cultura. Buscamos propulsar la construcción comunitaria y conjunta de pensamiento y opinión crítica que propicie la emergencia de nuevas formas ciudadanas de entender y hacer el arte generando la retroalimentación creativa de la sociedad para la sociedad.

Con este objetivo, la gestión cultural comunitaria es nuestro principal eje de trabajo, no solo como una herramienta de producción, sino como una metodología que en sí misma contiene los principios de vinculación que buscamos para el arte que se gestiona. El Centro Cultural tiene la intención de generar reflexión y un cambio consciente de nuestras propias prácticas culturales, de principio a fin: tanto en la creación como la gestión. Para ello nuestras convocatorias abiertas y la producción van tejiendo estas vinculaciones a través del trabajo colaborativo con los artistas y gestores que llegan al espacio desde el exterior de los límites de la Universidad, y simultáneamente, se potencia el desarrollo profesional y la práctica de la gestión y la producción, tradicionalmente omitidos en la educación artística. Además, debemos encargarnos de conectar a los estudiantes con estas nuevas comunidades que se van formando.

La colaboración es también elemental para instalar al Espacio Elefante en el panorama cultural de la ciudad. Nos ha permitido ser testigos y compartir el trabajo creativo con diversas manifestaciones que también buscan la colaboración en relación a la sociedad que habitan. En el ejercicio del trabajo de gestión y producción, Espacio Elefante se ha convertido en nuestro punto de entrada al variado panorama cultural de nuestra ciudad, particularmente aquella capa de éste que se compone de artistas y gestores jóvenes que sostienen su trabajo en la colaboración y la autogestión, muchas veces con medios insuficientes o precarios, logrando con mucho esfuerzo ponerse en contacto con las audiencias y otros artistas para crear lo que podríamos entender como nuevos circuitos artísticos o *escenas*.

Comenzando por el escenario musical, para comprender lo que se ha ido generando, nos es de vital importancia recurrir a la definición de Bennett, quien entiende las escenas musicales como “*grupos de músicos, promotores, fans, etc. que crecen en torno a géneros particulares de música. Típicamente (...) se ha referido a un lugar particular, generalmente una ciudad o distrito*” (BENETT 2004). No debemos olvidar que las encarnaciones actuales de este concepto se han nutrido de internet y las redes sociales, tanto como de la fuerza creativa de los movimientos sociales. El desarrollo y la vinculación ocurre a un ritmo muy acelerado, como llaman la atención los editores del Observatorio de Prácticas Musicales Emergentes: “la realidad avanza mucho más rápido que el pasmoso discurso de sus estudiosos” y en muchos casos de la mano de “prácticas para las cuales aún no hay instrumentos de análisis o discursos explicativos, o en caso de existir, éstos no circulan con fluidez entre nuestra comunidad” (GENÉ/LÓPEZ-CANO) Es en plena construcción de estos espacios, que el Centro Cultural se ha hecho partícipe de variadas escenas musicales, colaborando con Sellos Independientes, bandas emergentes y proyectos de difusión, como el Sello Fisura, la revista Melómanos Magazine, la Asociación Musical Remolino, Sello Our Resistance, Sello Ladrido, el programa Estación Local (Radio JGM) y Escena Viva (Radio USACH); a los que se suman a nuestro propio Ciclo de Bandas —que en 2017 convocó a más de 60 agrupaciones de dentro y fuera de Santiago—, y las sesiones de improvisación interdisciplinaria que se realizan de manera mensual. Pero éstos paradigmas no son exclusivos a la música y los encontramos también en otras disciplinas. Temporadas de teatro con temáticas laborales, que no sólo invitan a los trabajadores a asistir a una función gratuita, si no que a dialogar en torno a las leyes laborales del país y a conocer la realidad de otras esferas profesionales. Seminarios y charlas que nos invitan a reflexionar en torno a un tema, y también le permiten a los estudiantes de la Facultad observar y dialogar sobre cómo se lleva a cabo el arte afuera de la academia, haciendo vínculos creativos y retroalimentando su trabajo. Todas estas conexiones traen su quehacer al subterráneo de la Facultad de Artes y mezclan sus audiencias y colaboradores con una comunidad universitaria que de esta manera va perdiendo su estado de aislamiento, y aportando con un espacio para aquellas comunidades o escenas extrauniversitarias que deben comenzar a operar en un panorama urbano a veces precario y carente de espacios para la vinculación. Estos ejemplos nos hacen observar en la práctica el real vínculo que tiene el arte con la cultura que lo construye, y que una creación artística puede contener más que sólo

un momento escénico, propiciando el espacio para el encuentro, la reflexión y el diálogo. Esto contribuye a ampliar nuestros límites creativos, haciéndose insuficiente una producción artística entendida sólo como una obra que se presenta al espectador.

Nos encontramos así con una ciudad con un vasto panorama cultural en estado emergente, en muchos casos también activado en las movilizaciones sociales de los últimos años, que se remite a la autogestión y que ya no espera necesariamente al cobijo institucional o financiero para llevar a cabo proyectos potentes y sostener un movimiento constante.

En un contexto social en donde todo es relativo, inmediato, de uso y desuso, y muchas veces de abuso, tener una opinión y una postura en torno a los procesos culturales anteriores, en desarrollo y en los que queremos vivir, es de suma importancia para producir la contracultura y de alguna manera hacer un alto a la sociedad de mercado que Chile ha desarrollado desde el año 1973. El trabajo que se lleva a cabo es también reflejo de una postura clara de una nueva generación de estudiantes, artistas en desarrollo y gestores culturales que llevan a cabo su formación desde la práctica y la resolución de cada inquietud e interrogante que va surgiendo, en un diálogo constante entre disciplinas artísticas y otros agentes de la misma generación. Para ello, estos actores plasman su trabajo y sus ideas a través de la autogestión, profesionalizando el quehacer artístico sin esperar a que las grandes instituciones los tomen en cuenta o que el mundo académico los nombre, mencione o les otorgue la autorización para entonces proceder con su creación artística. Esto nos habla de que en Chile se vive una nueva manera de crear escenas artísticas en relación a los espacios culturales, que poco a poco se están expandiendo y haciendo visibles. Esto toma real importancia porque viene, hace parte y trabaja con la gente, ya que el público asistente es real protagonista de la experiencia artística tanto como de la construcción de los espacios. Sin su participación, colaboración y decisión, entonces no sería posible. El Centro Cultural pretende que bajo ésta metodología las personas vayan dando cuenta que así como se hacen parte y cargo de la experiencia artística, también pueden hacerse cargo y protagonistas de los procesos culturales que vive la sociedad. Apostamos a que la carencia de participación ciudadana del Chile actual vaya poco a poco desapareciendo, que las personas entiendan a través de la praxis que necesitamos organizarnos en pos de

nuestros objetivos, hacer de la sociedad un lugar de encuentro y generación de identidad. Esto hace posible comprender Chile como país componente y partícipe del continente Latinoamericano, estableciendo relaciones con los países vecinos y forjando el territorio en donde queremos vivir. Se rompe así el paradigma de comprensión y percepción del territorio que habitamos, Chile no está sólo en el continente, y tampoco responde a una sola historia individual, somos parte de una comunidad donde compartimos historias y muchas de nuestras más íntimas costumbres son también compartidas. Entender que somos parte y pieza de un gran engranaje continental hace que el horizonte creativo, la percepción de la historia y del comportamiento social se amplíen, y los límites se hagan lejanos propiciando así el camino para la construcción de una identidad, reflexiones y soluciones a los acontecimientos de nuestro territorio, desde nuestro territorio. Es de vital importancia generar propuestas desde nuestro quehacer, sin responder a cánones de otros continentes, siempre relacionándonos y compartiendo, pero haciendo surgir desde aquí lo que queremos construir.

Centro Cultural Espacio Elefante es un organismo nuevo, que lleva sólo 4 años de funcionamiento, pero que ha sido testigo de un gran trabajo cultural que genera una tangible proyección al trabajo y que nos permite visualizar que aún nos queda por transitar y por apostar a seguir haciendo del arte y la cultura un espacio de relación y construcción.

Bennett, A. *Consolidating the Music Scene Perspective*. University of Surrey. 2004.
[traducción: Santiago del Valle D.]

Gené, Miquel / López-Cano, Rubén. Observatorio de Prácticas Musicales Emergentes.

Ponencia presentada en el Segundo Congreso Latinoamericano de Gestión Cultural
| Cali Colombia
18, 19 y 20 de Octubre de 2017.

Lía Arenas Arce
lia.arenas90@gmail.com

Santiago del Valle Dávila

santiagodelvalled@gmail.com